

## Sentido social

**Nuevos problemas.** Cuando surgen en el seno de la sociedad problemas urgentes que afectan a todo el conglomerado, suelen convertirse en materia de continuo estudio y en tópico de frecuente conversación. Desde hace tiempo, se han hecho sentir, cada vez con más palmaria evidencia, los defectos del sistema capitalista; y las dos guerras mundiales han acelerado el proceso del malestar en forma vertiginosa. El lenguaje, escrito o hablado, es el vehículo para la expresión de las ideas y sentimientos; y es natural que, para acomodarse a la época, moldee nuevas expresiones o modifique las ya existentes con amplitud y matices, anteriormente desconocidos. Así ha sucedido con el tema social y una de las expresiones favoritas es la del **sentido social**. Vale la pena de que penetremos en su alcance y significado, ya que la falta de sentido social es en gran parte origen del malestar: por eso urge la formación del sentido social.

**El sentido social.** Desde luego esta frase y otras similares son muy comunes en el lenguaje ordinario. Se habla a veces del sentido artístico, del sentido moral, del sentido de responsabilidad... Con estas expresiones damos a entender la manera de reaccionar ante los problemas de arte, moral... Supone, pues, este sentido de percepción de un problema específico y determinado y la reacción que experimentamos ante él.

El no verlo, o el quedarse, una vez visto, indiferente, o el tomar actitudes de insignificante alcance o el entregarse con entusiasmo a su solución, son indicios de carencia, de insignificancia o de intensidad del sentido en cuestión.

Según esto, el sentido social, nos llevará a la percepción clara de las necesidades públicas o privadas y nos producirá la consiguiente reacción de querer y hacer cuanto esté a nuestro alcance por remediarlas. El campo abarcado es inmesa, como es inmensa la injusticia que reina en el mundo. Los miembros todos de la sociedad tienen derecho a una vida compatible con la dignidad humana. Que el cuerpo tenga el alimento, vestido y techo conveniente, que su salud esté decentemente atendida; que los derechos a la vida, al trabajo estén salvaguardados; que el salario sea remunerativo; que la familia pueda hallar en el trabajo honrado y humano lo suficiente para llevar una vida decorosa; que la educación y la formación artesanal esté al alcance de todos; que la moral y la práctica de la religión sea el patrimonio general... Este sucinto recuento de algunos derechos basta para hacer ver el contraste brusco entre la realidad y esas modestas aspiraciones. Gran parte de la humanidad vive en condiciones infrahumanas.

**Amplios horizontes.** La hermandad de la familia humana se ha procla-

mado siempre, especialmente en el Evangelio, pero no ha sido sentida en la realidad. El egoísmo ha hecho a los hombres insensibles al dolor ajeno. Han sido sordos, no sólo a los gritos de dolor de la miseria de fuera de las fronteras patrias, sino que dentro de ellas la diversidad de clases sociales y las diferencias regionales han bastado para no compartir el dolor ajeno. Los latidos del corazón, apenas si se sentían, dentro de la propia sangre.

Para muchos todo está bien, con tal de que ellos lo estén. Y acostumbrados a juzgar por lo que en sí mismos observan, su concepción miope pone en sus actitudes un dejo de extrañeza ante las airadas protestas ajenas. ¿Acaso, dicen ellos, no está todo bien?

Nuestra mirada debe ser amplia y para darnos cuenta de la realidad social no debemos fijarnos en las mansiones de los privilegiados, sino en los ranchos de los pobres; no en la vigorosa salud de los potentados sino en la anemia de los proletarios. Más que las líneas rectas, amplias y elegantes de las Avenidas debemos mirar las callejuelas estrechas, barrocas y sórdidas de los barrios pobres. Ellos son los más numerosos, los que viven en continuas zozobras y angustias, los que muchas veces no pueden mejorar, porque no tienen medios para ello. Las primeras visitas a esos tugurios causan espanto; las descripciones, por vivas que sean, pálidecen ante la realidad.

**Tendencias.** Los Gobiernos deben mirar por sus pueblos y en su gestión no puede quedar abandonada ninguna clase social; pero sus preferencias debe llevarlas la clase más débil y necesitada. Todos deben contribuir a los fondos del Erario, pues todos disfrutan de las públicas ventajas, pero es evidente que esa contribución debe ser progresiva y regulada por las posibilidades de los ciudadanos. Mucho puede el rico; exíjasele mucho. Poco puede el pobre; exíjasele poco. Colaboren todos, pero conforme a sus posibilidades.

Es imposible que dentro de la misma familia pueda haber ambiente de alegría y de paz, cuando unos están ahitos y otros mueren de inanición. Cierto que no puede haber una igualdad absoluta; que siempre habrá di-

ferencias y que ellas vienen por el mismo curso de la naturaleza. Pero la acción prudente de los Gobiernos puede preveer que con una legislación discreta no se fomente artificialmente el progreso de esas diferencias y que por una legislación social, se asegure cierto equilibrio. En este sentido se ha avanzado mucho, si se comparan las leyes actuales con las de principios de siglo; pero aún estamos atrasados, si nuestra meta es el bienestar general.

Recordemos, como confirmación de lo dicho, que en todos los países, los Gobiernos han comenzado a preocuparse seriamente por la vivienda de la clase media y obrera. Hace muchos años esa actividad estaba reservada a Empresas particulares constructoras. Es evidente que, en sus manos, ni el monto del alquiler podía ser moderado ni el precio de la venta, asequible a las disponibilidades del obrero. Con amplio capital y crédito cuentan los Gobiernos y el déficit que pueda presentarse en esa empresa, queda más que justificado por el auxilio social prestado. Venezuela, en estos últimos diez años, desarrolla una política de vivienda para la clase media y obrera, enérgica y de gran envergadura. De seguir así, al cabo de unos años, comenzará a sentirse nacionalmente, el alivio de esa necesidad nacional.

**Repercusiones.** Es evidente que no se puede pensar en la sociedad y tener verdadero concepto de ella, con restringir la mirada, únicamente a mis problemas, a mi trabajo, a mi familia; como no se puede juzgar bien del mecanismo de un automóvil quien únicamente se fije en las ruedas o en el volante. La mútua interdependencia es hoy mucho más amplia y rápida que antes. La solidaridad se ha hecho más estrecha y nadie puede pensar en resolver todos sus problemas con sus exclusivos esfuerzos. En estos días tenemos un ejemplo eleccionador. La huelga de mineros de carbón de Estados Unidos ha comenzado a reducir la actividad de los altos hornos de hierro. La escasez de acero así provocada, causa una paralización parcial o total, en la industria del acero, por ejemplo, en la fabricación de automóviles. Esta enumeración tan esquemática basta para hacernos ver la gravedad de la situación. Millones de

obreros sin trabajo; millones de familias sin pan; millones de hogares, en pleno invierno, sin calefacción. Toda una tragedia. Y estas tragedias, pueden fácilmente provocarse, precisamente por la dependencia que se ha formado, no sólo dentro de las fronteras de una nación sino internacionalmente.

Pero, bajando de esas alturas y penetrando en la actividad meramente individual, debemos persuadirnos que nuestras acciones, grandes o pequeñas, repercuten en la vida social de otros. Quien cumple con todas sus obligaciones, solo con eso, hace un servicio a la sociedad; es una pieza que trabaja bien en la máquina. Quien descuida sus deberes, por restringidos que sean, sólo con eso, perjudica seriamente a la sociedad; es una pieza que no trabaja o trabaja mal en la máquina. Positivamente estorba su buen funcionamiento. La demora en los pagos, la falta de asistencia o el retardo en el trabajo; el rendimiento escaso durante el horario, la falta de honradez; la imperfección del trabajo hecho, la falta de moralidad... nunca se reducen a acciones aisladas que no influyen en los demás. Los casos podrían multiplicarse por millares. Comercios con abundancia de crédito, por la morosidad de los deudores, se encuentran al filo de la bancarrota. Empresas por la desidia de los operarios no cumplen con sus compromisos; patronos, por la insaciable avaricia, crean con sus miserables salarios, focos de malestar y protesta. Pícaros que engañan, forman en la sociedad un espíritu de desconfianza y recelo...

Educación. La creación de ese espíritu de solidaridad debe ser tarea de la educación. No debe ni puede eliminarse el individualismo, pero hay que podar sus excesivos brotes. La mirada no puede reconcentrarse en un egoísta narcisismo; hay que espaciarla a todo lo largo y ancho de las clases sociales. El Código de Malinas, admirable recopilación de sabias leyes encierra en breve síntesis las principales ideas sociales que nunca deberíamos olvidar. Esas ideas se han ido repitiendo, pero la siembra no ha sido tan generosa como lo exigían las necesidades; desgraciadamente el mal es más profundo y muchos siguen viviendo tranquilos en su torre de marfil. Podemos nosotros

aplicar lo que un escritor circunscribía a su pueblo. "Una de las más esenciales misiones de la futura educación será dar un mayor sentido social y un mayor fondo de solidaridad al espíritu y al carácter; superar el individualismo que disocia y hacer que cada profesión y dentro de cada profesión cada cuerpo y dentro de cada cuerpo cada individuo, se sientan poco más o menos que islas solitarias que creen bastarse a sí mismas".

No son posibles tales islas solitarias. Es el gran error que debemos desterrar. Ni Inglaterra, la antaño señora del mundo, puede pensar en su olímpico y desdeñoso aislamiento. La política de aislacionismo, tan querida un tiempo en los Estados Unidos ha tenido que ceder su puesto al intervencionismo. La previligada situación norteamericana no la libra de tender su mirada y su mano protectora a otros pueblos y países. Ni vayamos a creer que a ello le inclina un puro espíritu altruista. En el fondo late su propio porvenir. Un mundo dominado por el comunismo o por la miseria, sería el derrumbe de la industria norteamericana y aun de la misma poderosa nación. Las circunstancias han obligado a Estados Unidos a la solidaridad internacional. Entre Wilson y Truman el camino recorrido ha sido muy largo. Y es que tiene plena realización lo que agudamente observa J. Yanguas: "El que no se preocupa de lo que pasa en casa ajena, corre el riesgo de que los demás sí se preocupen demasiado de lo que acontece en la suya y aspiren a mediatizar su autonomía y a minar su propia independencia."

Con frecuencia la juventud en su educación se levanta al margen de toda cuestión social. Ni en las clases ni en las conferencias, ni en las bibliotecas, ni en los libros se le ha dado la oportunidad de conocer los rumbos actuales de la sociedad ni los problemas de sus conciudadanos que el día de mañana se le presentarán en toda su crudeza. Ese silencio es demoledor. Desde hace muchos años se señaló esa falla. Amontonar testimonios sería tan fácil como doloroso, porque dolor causa observar que son voces que se pierden en el desierto.

"Los jóvenes católicos, decía en 1928 el Card. Verdier, Arzobispo de Pa-

rís. no pueden seguir ajenos a las controversias religiosas, a las discusiones y reivindicaciones sociales de la hora presente... Hay que rodear a nuestros jóvenes de una atmósfera social; a ese fin los profesores de nuestros Colegios se servirán de todas las ocasiones para enterar a sus alumnos de los angustiosos problemas de orden social que hay planteados a la hora presente y de los deberes que a este respecto se imponen a cada uno."

Claro está que los testimonios más autorizados y radicales han brotado de la Cátedra de Pedro. Pío XI decía en su Encíclica Ubi Arcano... "queremos que la educación social se dé a los jóvenes en los Colegios y Seminarios, no sea que la juventud en medio de tantas revoluciones y de tantas perturbaciones de los espíritus, ande fluctuando y sea arrastrada a todo viento de doctrina por la malicia de los hombres y las astucias del error."

**Religión.** Con frecuencia se ha desfigurado el sentido del cristianismo. Nos hemos quedado con muchas fórmulas pero vacías de contenido. No hemos sabido, como agrupación, llevar a nuestra vida el sentido social de la obra y del espíritu de Cristo, de su Dogmas (Cuerpo Místico, Comunión de los Santos) de los Sacramentos y sobre todo de la Eucaristía, de la caridad y de los vicios. Ha tenido que repetir el Papa que la caridad no es sustitutivo de la justicia y que el reinado de la caridad no puede comenzar hasta que se cumplan previamente los postulados de

la justicia; que la caridad no se reduce a dar limosnita a un pobre sino a no hacer daño a nadie y a hacer el bien espiritual y corporal, al prójimo; que las grandes riquezas y propiedades tienen también su función social; que la sociedad debe procurar organizarse de forma que procure a sus miembros la posibilidad de una vida decorosa y humana.

Da tristeza ver el contraste: por una parte el Papa, urgiendo con insistencia el cumplimiento de nuestros deberes sociales en Encíclicas, Breves, Exhortaciones, Alocuciones... y por otra, la apatía e indiferencia con que todo ello se escucha. Problemas tan candentes y decisivos como la Educación, el Matrimonio, la Cuestión Social... tratados admirablemente y adaptados a las circunstancias actuales y modernas, ni siquiera son conocidos. Raras veces forman el tema de artículos, conferencias y tópicos de conversación.

Nuestra religión debe ser vivida, dinámica. La caridad activa es generadora de más intensa caridad. Es la única que pone en la frente del cristiano la verdadera característica del cristianismo: "En eso conocerán si sois discípulos míos, si os amáis los unos a los otros." "Y para que ese amor no quedara en las nubes de un dorado platonismo o de un estéril sentimentalismo, nos estimula con su ejemplo: "Que sea vuestro amor como el mío" activo, eficiente, abnegado. Con una conclusión de caridad eficiente cierra la parábola sugerente del Buen Samaritano: "Vete y haz otro tanto".

VICTOR IRIARTE S. J.

